



Grupos Maristas de Encuentro

El Reino vale más que el poder o el dinero

Zaqueo es uno de los personajes evangélicos más conocidos, sobre todo por la anécdota de su baja estatura, que nos lo hace especialmente simpático. Sin embargo, su historia, recogida por el evangelista Lucas, tiene un significado muy profundo, que la Palabra nos sigue proponiendo hoy a nuestras vidas.

1. ¿Qué sabemos de Zaqueo?

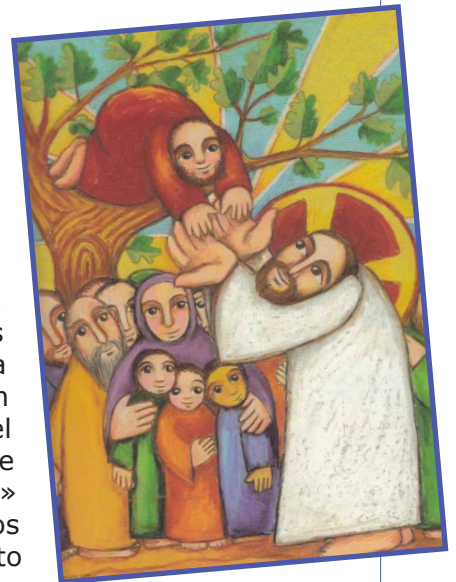
El único evangelista que recoge su historia es Lucas (Lc. 19, 1-10), justo antes de empezar el ministerio final de Jesús en Jerusalén, que le costará la vida.

Esta historia nos da muy pocos datos sobre él (aparte de que era bajito), pero interesantes.

El evangelista nos señala que es un jefe de publicanos en Jericó. Ya tenemos dos datos: Zaqueo es un publicano. Éstos son un grupo de comerciantes que arriendan los impuestos a Roma, de manera que, a su vez, pueden cobrarlos a la gente, con un margen de beneficio. Como es lógico, dado el tamaño del Imperio, hay toda una jerarquía entre los publicanos, desde los grandes «empresarios» a subarriendos más pequeños. Evidentemente, los márgenes de beneficio aumentaban según lo alto que estuvieras en la jerarquía.

Zaqueo, nos dice Lucas, es de los importantes de la zona y, por tanto, «era rico».

Estos publicanos, como bien se ve en los evangelios, no tenían buena fama en su época entre los judíos (ni entre los demás pueblos que pagan impuestos a Roma): por un lado, como es fácil pensar, su oficio de cobrar impuestos no era muy popular, por otro, la corrupción, cobrar más de lo debido, estaba más que extendida. El mismo Zaqueo reconoce que ha defraudado y propone devolver cuatro veces más, es decir, lo mismo que se pagaba en el Derecho Romano como multa por *furtum manifestum*, por flagrante delito de lucro indebido. Dicho de otra manera, Zaqueo es un corrupto, un ladrón a los pobres.



Y, además, como hace el trabajo sucio para el Imperio, está en contacto habitual con extranjeros, con los que come. Extranjeros que tienen a un hombre como divinidad y que son impuros por Ley. De esta manera, corrupto e impuro, es un «fuera de la Ley» judía, un pecador público, un abandonado por Dios.

No es de extrañar que los publicanos funcionaran como un «colegio», como una sociedad entre ellos, de manera que se apoyaran y socializaran entre iguales.

Además sabemos que vive en Jericó. Jericó es una de las grandes ciudades de Palestina de la época, quizá la más antigua de todas, pues tenemos restos neolíticos de su origen. Cruce de caminos, en el siglo I es un centro agrícola, comercial y centro de recreo de la nobleza, con palacios y un «parque balsámico» (según el historiador Estrabón). Es decir, Zaqueo está más que bien situado.

2. Una historia de la sabiduría cristiana

Zaqueo, pese a la mala fama, vive más que bien económicamente hablando y tiene su grupo de iguales con los que afronta la vida desde los valores, pragmáticos y claros, del poder y el dinero que ayudan, sin duda, al bienestar personal.

Sin embargo, la curiosidad le pica y quiere ver quién es ese Jesús. Y cuando se encuentra con él, se produce lo inesperado. Un buen maestro, como todos sabemos, debe aprovechar para echar en cara al etiquetado como malo su maldad (que era totalmente cierta, no lo olvidemos). Además, un líder que entra en una ciudad acogido por la gente tiene en el encuentro con Zaqueo la oportunidad perfecta para hacerse con la gente enfrentándose al odiado publicano delante de todos (y bien ganado que lo tenía).

Pues no. Resulta que Jesús, en contra de lo evidente, con todo a su favor, decide decir en público que se va a alojar en la casa de Zaqueo. Como para no murmurar. Va a casa del corrupto, del delincuente, todavía más, del impuro (lo que le convierte a Él mismo en impuro, claro).

¿Por qué? Lo dice con toda naturalidad el relato de Lucas: «éste también es hijo de Abrahám, pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido» (v. 10). Sí señor. Zaqueo, con todo lo que quieras, es también persona, es también hijo de Dios, es también de la familia humana reconciliada en Dios en el Reino. Jesús es capaz de mirar más allá de la dinámica social, de la fama, del mismo sentir popular y, audaz como pocos, apuesta por Zaqueo, rompe la norma social y religiosa y le ofrece la fraternidad de los hijos de Dios, parte con él el pan, comparte el vino, se sientan en torno a la misma mesa.

Y Zaqueo, que no es cualquiera, decide que esa experiencia, que ese Reino, que ese Dios, Padre de todos, vale más que su forma de vida anterior, más que el poder, más que el dinero y más que todo. Y cambia de vida y abraza la fraternidad: el dinero, para los pobres, mis hermanos, que son los que lo necesitan; ¿lo que he robado, aunque nadie lo sepa ni me denuncie? Cumpló yo mismo con la Ley romana, faltaría más: restituí lo robado y la multa de cuatro veces más. Reconozco mi delito, me arrepiento y cumpló mi condena.



El que estaba perdido, se encuentra en la acogida de Jesús, que rompe la dinámica de odio y exclusión y, jugándose, apuesta por él, por ti, por mí, por nosotros...

3. Para nuestra vida



La experiencia de Zaqueo, recogida por la comunidad de Lucas, necesitada de acogida, es Palabra viva dos mil años después, es una llamada hoy a nuestras vidas:

- Nos recuerda que todos somos acogidos en el amor de Dios. Ninguno somos perfectos, todos somos menos buenos de lo que nos parece. Todos estamos necesitados de ser amados tal y como somos, de ser perdonados sin medida. Déjate perdonar por el amor infinito de Dios. Sal a su encuentro, sube al árbol a ver quién es Jesús, encuéntrate con Él.
- Y, desde esa experiencia de sentirse perdonado, acogido, amado sin medida, brota en nosotros la acogida a todos, no solo a los buenos. Somos capaces de ver más allá de las etiquetas, por ganadas que hayan sido. Vemos la posibilidad de proponer la fraternidad a los que más la necesitan, aunque no lo sepan (justo, por que no lo saben): a los que se han aislado en su ego, en su dinero, en su miedo, en su ideología... frente al hermano y la entrañable acogida de Dios.
- Así nos convertimos con toda naturalidad en seguidores de Jesús, porque nos sale del corazón la misma pedagogía: no echamos primero la bronca al malo y le dejamos claro que solo queremos a los buenos, sino que creemos en él pese a todo. Somos capaces de sentarnos y compartir el pan y el vino, nuestra fraternidad. Y esperamos que Dios actúe y nuestro hermano prefiera la vida a la muerte, abandone la vida sin plenitud y abrace la fraternidad de los hijos de Dios.
- Eso requiere la audacia de no juzgar para no ser juzgados. No es negar el mal. Es vencerlo. Salir al encuentro del otro, sin ingenuidad, con lucidez, pero con la certeza de que cambiar el mundo pasa por acoger corazones rotos.

Dinámica para la reflexión

- Escuchamos en clave de contemplación el texto del encuentro entre Jesús y Zaqueo. Después de un breve momento de silencio, podemos comentar aquella frase o gesto que más nos impresiona.

Habiendo entrado en Jericó, atravesaba la ciudad. Había un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de publicanos, y rico. Trataba de ver quién era Jesús, pero no podía a causa de la gente, porque era de pequeña estatura. Se adelantó corriendo y se subió a un sicómoro para verle, pues iba a pasar por allí. Y cuando Jesús llegó a aquel sitio, alzando la vista, le dijo: «Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy me quede yo en tu casa».

Se apresuró a bajar y le recibió con alegría. Al verlo, todos murmuraban diciendo: «Ha ido a hospedarse a casa de un hombre pecador.» Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: «Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré el cuádruplo.» Jesús le dijo: «Hoy ha llegado la salvación a esta casa, porque también éste es hijo de Abraham, pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido».

- Podemos recordar algún momento personal en el que nos hemos sentido profundamente acogidos por Dios, sea por sentirnos perdonados, sostenidos, consolados... (lo compartimos en la oración que sigue).

4. Momento final de oración

Canto meditado (Cristóbal Fones)

Como Zaqueo en su encuentro con Jesús, también nosotros estamos invitados por Él a escoger la Vida, en cada momento de nuestro día y en todo encuentro.

*Esta mañana enderezo mi espalda, abro mi rostro, respiro la aurora. Escojo la Vida.
Esta mañana acojo mis golpes, acallo mis límites, disuelvo mis miedos. Escojo la Vida.
Esta mañana miro a los ojos, abrazo una espalda, doy mi palabra. Escojo la Vida.
Esta mañana remanso la paz, alimento el futuro, comparto alegrías. Escojo la Vida.
Esta mañana te busco en la muerte, te alzo del fango, te cargo tan frágil. Escojo la Vida.
Esta mañana te escucho en silencio, te dejo llenarme, te sigo de cerca. Escojo la Vida.*

Orando con Zaqueo

- Gracias Padre porque nos acoges a todos tal y como somos, nos perdonas sin medida y quieres encontrarte con nosotros cada día. ¡Gracias por darnos tu vida!
- Gracias Padre porque tu amor incondicional despierta nuestra acogida a los demás, a todos... y somos capaces de superar prejuicios, de tratarnos como hermanos, de crear tu familia humana. ¡Gracias por darnos tu vida!
- Gracias Padre porque en tu pedagogía de amor aprendemos a acoger a la persona por encima de sus acciones y ponemos la semilla de su salvación y su alegría. ¡Gracias por darnos tu vida!
- Gracias Padre porque en Jesús nos das la clave para vencer el mal, porque nos das la certeza de que acogiendo los corazones rotos es posible ir cambiando el mundo. ¡Gracias por darnos tu vida!

Oración compartida

Recordamos momentos en los que nos hemos sentido profundamente acogidos por Dios: sea perdonado, sea aliviado, sea sostenido... y lo compartimos.

Tras cada intervención, el que organiza da una tarjeta a quien compartió y todos juntos proclamamos esta bendición: «*Bendice Señor a..., bendice su vida, acoge sus cruces y multiplica sus alegrías. Y haznos una familia de hermanos en tu amor*».

Al final se reparte la tarjeta a todos, hayan o no compartido.

Salmo (desde la experiencia de Zaqueo)

Desde que Tú lo dijiste con voz potente y firme, qué pocos se han atrevido a escucharlo atentamente, en las múltiples ocasiones que la vida nos ofrece, por eso caminamos desorientados tan tristemente.

¡Hoy me alojo en tu casa!

Dejemos el miedo, el prejuicio y el qué dirán.
Que la confianza se instale en nuestra vida.
Respiremos tranquilos al ver que los fantasmas
ni pesan ni toman cuerpo porque los nudos se desatan.

¡Hoy me alojo en tu casa!

Lo nuestro es despertar a una nueva vida,
reconocernos amados incondicionalmente y para siempre,
gustar de la libertad de ser hijos de Abraham,
reconocernos hermanos con la misma dignidad.

¡Hoy me alojo en tu casa!

¡Que mi casa esté siempre abierta para ti, Señor Jesús!

